

## LA PINTURA DE FIGARI

## LA REVALORIZACION COLORISTA

HEMOS escrito y hablado mucho sobre Figari. Pero algo importante nos queda por descubrir en su obra y es un valor renovador, de fermento y orientación que no está en la médula de su creación magnífica, nacida sólo para el goce, sino en su irradiación sobre el panorama gris de nuestra producción pictórica.

Vamos por lo tanto a arrancar de la obra que hoy muestra toda su gracia y su alegría, algunos póstulados nuevos, no para que los artistas nuestros sigan su camino, pintando a la manera de Figari, sino para que orienten sus afanes en clima de total libertad técnica, para cantar el canto nuevo que cada uno esconde en la peña del alma.

Analícemos primero el panorama gris, como hemos dicho, de nuestra producción pictórica. Algo vuelve monótona, fría, inánime, cansada, triste, exangüe, la pintura que se expone todos los días y en todos los salones.

Después de un período luminoso, pero sin gran aliento, donde triunfara la verba naturalista —y también poética— de Blanes Viale; después de los ensayos opulentos de Cúneo, con sus lunas y sus noches de fantasía la pintura nuestra tomó dos caminos. Uno sereno y honesto, lejos de toda insinceridad, donde un impresionismo de buena laya apuntaba el paisaje que alumbraban nuestros días. Otro, porfiando con la sombría creación abstracta, en una interminable serie de naturalezas muertas, residuos del húmedo desván de la pintura cosmopolita. En medio de estas dos corrientes, una serie de pintores, más o menos personales, en la angustiada duda de sus conquistas, luchando desalentados, entre los dos polos, para encontrarse.

Cuando el problema se mantenía irresuelto, con adicios de un lado y de otro lado, aparece Figari, con la pujanza de su palabra; y tanta luz en sus manos, que el conflicto parece desvanecerse, como por encantamiento. Al que afirmaba dogmáticamente, con viejas recetas de etiqueta revolucionaria, le enfrenta una verdad vernácula, honda y apasionada. Al que dudaba, le acerca un caudal de nuevas verdades, para que pueda cogerlas, a manos llenas. Y a todos los que están llamados por el destino para arrebatarse a la vida, la flor

lujosa del color, Figari les muestra cómo debe oficiarse el divino misterio de la creación. Un cuarto pequeño, un rincón donde se fije el caballete y el banco, la mano dócil y la mente en la maravillosa ordenación de las formas coloreadas. Así se pudieron crear, no un cuadro, ni diez, ni cien, sino miles de cuadros. Miles de obras maestras, donde no hay ni el trozo más nimio desposeído de vida; y donde, sin sentencias, ni fórmulas, ni reglas, sólo ajustando el propósito a la técnica, se entrega el alma el canto, por los caminos liberados.

Es esta la lección viva de Figari. Lección no sólo para el escenario nuestro, donde siempre ruedan las mismas tentativas, sino para todo el escenario americano. Lección que incide en la ruina de dos tendencias que se han mantenido firmes por un tiempo, sostenidas por falaces discursos. Una, de subestimación del lujo colorista, bajando la entonación a las gamas sordas y oscuras, donde el error es más difícil, y donde la alegría se ahuyenta. Otra, la de desechar el tema, queriendo darle a la pintura una liberación de la realidad, y llevándola a crear de por sí sola, la cosa pura, que volvió pronto, para los ojos limpios, la cosa muerta.

Analícemos hoy, a través de Figari, esa revaloración total del color, que luce su obra.

¿A qué se debió ese descenso, como hacia una caverna subterránea, de la pintura última, caída en las sombras? Quizás al cansancio de la retina —la retina es un órgano que sufre de la fatiga como un músculo— llevada siempre hacia las gamas luminosas y aéreas del impresionismo. Vencida después, por la prédica genial de Cézanne, la tendencia a destacar las formas buscando construir los volúmenes, apareció el perfil austero en negro, que antes había sido desterrado como una herejía pictórica. Y entrando con una dignidad —dignidad de museo— empezó a invadir la tela y a consolidar las formas, alejando las débiles tintas en violeta. El ojo, ahito de luz, descansó en quieta sombra. Y esta sombra se volvió entonces pertinaz y dominadora, envolviendo toda la imaginería artística. Se adueñó de los nuevos conceptos revolucionarios. Y todos los "ismos" se refugiaron en su seno.

Allá en los talleres, donde antes se execraba su peligrosa presencia, apareció severo y dominador el pomo de negro marfil, enseñoreándose de la paleta. Empezó a distribuir leves grises y fluidos contornos, pero llegó después a extenderse sobre la tela, poniendo un velo —que pareció de misterio y era de ineptia— sobre todos los sueños del artista.

He ahí la caída fatal dentro de la tristeza y del tedio, de las nuevas escuelas. Podían cantar, en la naturaleza los oros vesperales; los azules por cielos y mares, los verdes por valles y colinas; los blancos por entre nieves y nubes, los rojos y los violetas en los ocasos fugaces. Podía el hombre tejer las telas, fundir los vidrios y los esmaltes, pulir sus metales y tallar las gemas en la riqueza magnífica de todas las artesanías. El arte plástico, alejado de la vida, y alzado en cátedra envanecida, se obstinaba en crear para unos pocos, poquitos, con una triste miseria de técnicas y de lenguaje.

Cuanto más pobre se volvía su léxico, más alto aparentaba fijarse dentro de su dogma. Cuanto más menguado era su esfuerzo, más selecto e impenetrable se volvía. Y todo un cortejo de términos altísimos, donde las mayúsculas decoraban las palabras grandes —Cosmos, Orden, Geometría, Metafísica— acompañaba todos los esotéricos esfuerzos.

¡Cuántos incautos, escogidos entre los "parvenus" del comercio con ignorancia y dinero; o entre los otros, "parvenus de la crítica, también con ignorancia y palabras, juntaron las fáciles escuelas, debatiéndose en la impotencia! ¡Cuánta juventud encandilada, cayó en las redes de un arte nuevo, que se volvía genial, de la noche a la mañana, sin disciplinas ni sacrificios! Fué ese proceso triste, de más honda raíz, que no nos es dado hoy analizar, el que queremos mostrar como antagónico a ese fenómeno luminoso y jocundo de Figari.

Cómo se da esta lección, en la libertad eufórica del color, no es necesario decirlo, porque allí, sobre las paredes cargadas de cientos de cuadros de la exposición abierta está palpitando la enseñanza para todos. Libertad total de dogma y de escuela. Decantación lenta de todo lo aprendido, para dar la

propia voz. Libertad tan libre, que le da a su pintura un poder casi musical en la variedad sin límites, de sus entonaciones.

Ningún amañamiento, ningún pre-concepto, ninguna fórmula para fijar el color. Sin ensayos, dudas, tanteos, el fenómeno de pintar de Figari, lo acerca a la creación inspirada. Era un sueño el que hería un instante su cerebro, clamando por nacer. Y ahí frente al cartón pajizo, con sus pinceles y su paleta cargada, iba surgiendo su sueño, vivo y palpitante. No llamaba en su auxilio, la dulce seducción de las líneas, ni la sensual presencia de las sombras; ni ahuecaba profundidades, ni perforaba lejanías. Era el color enseñoreándose de las superficies. Cada toque en su sitio. Cada mancha en su zona. Y después el conjunto, enclaustrado en la rigidez rectangular, se fundía en la perfecta armonía colorista. Ora violenta y suntuosa en los contrastes: verdes y rojos en increíbles contactos; amarillos y violentas tomados de las manos. Ora en los más dulces y sutiles acordamientos, con levedades de crepúsculos inciertos, mientras la luna irreal pone su gasa azulada sobre las cosas.

Libertad total de paleta, de empastes, de amalgamas y de oposiciones. Libertad total de todos los colores, sin desechar ni un tono ni un matiz. Y dándoles a todos, cálidos o fríos, llanos o suntuosos, igual predicamento para atarse al divino preludio colorista.

Con ese dominio de las técnicas, Figari fué sumando en años y años callados de estudio meditativo, sus experiencias plásticas, para llegar al desprendimiento de las bridas disciplinarias. Fué así el creador de su propia escuela, única en el catálogo de la pintura universal. Y se dió a su escuela, en toda plenitud y con una fecundidad pasmosa que raya en lo milagroso. Tenía muchas cosas que decir, almacenadas, por las vías de sus ojos inquisidores, en su alma, llena de lagos profundos. Y más que decir las, cantarlas. Porque no eran cosas para ser dichas —que pocos las hubieran oído— sino para ser levantadas en alas de un canto, que salió de su mirar de visionario, para enredarse —sin desgaste ni paga— en nuestro mirar sencillez, en la ansiedad del sueño.